
"mapa de la historia individual", pueblerino encargado de la correspondencia amorosa de sus particulares valores y significados, bajo su anterior —escribe—" nos muestra de manera particular perspectiva premedada por alguna manera que a los testimonios y representante de una organización subalterna—, no corresponde muchas autobiográficos se les debe de trabajadores de la construcción. Sus veces ni a las concepciones oficiales considerar más que todo como una ámbitos también fueron variados, lo de la historia ni a las opiniones expresión del hombre en busca de que podría hacernos pensar en la científicas sobre ciertos su verdad, del sentido y del especialidad como condicionante de acontecimientos. El mismo hilo de significado de su vida".

La última parte de la obra, es el "relato": forma discursiva que asume la autorreflexión vital. Aquí el problema reside en convertirse en narrador, "arte" adquirido con la práctica y, en el caso de quienes no participan de la cultura libresca, con los años; como don Jesús Ramos, quien nos muestra que es el arte de vivir lo que hace a un buen narrador.

Finalmente nos encontramos con la historia de vida de don Jesús Ramos Romo. La riqueza narrativa es evidente. Don Jesús sustentándose en una memoria privilegiada, relata las viscosidades que fueron conformando su visión particular de lo sucedido y de lo pensado. Lo mismo fue escribano

Don Jesús lo mismo vivió en México una "reconstrucción histórica" que en los Estados Unidos, entre ortodoxa, ordenada "objetivamente". peones y poetas, entre políticos y ¿Cómo y por qué recuerda y narra patronos, entre contrabandistas de como lo hace? ¿Por qué ese afán de alcohol y comerciantes. Las muchas identificarse como un hombre dete- horas de grabación con don Jesús minado en circunstancias determi- arrojaron no sólo los hechos y nadas? ¿Por qué no quiere olvidar lo preocupaciones personales, sino que fue y ha hecho, sino que más también aquellos elementos aledaños bien lo reconstruye e interpreta para que conforman las vidas de todos los explicarse lo que hoy es? Tal vez individuos: "mitos, acontecimientos, tenga razón Milán Kundera al decir leyendas, sueños, versos, canciones, que la "lucha del individuo contra aventuras" propias y ajenas, así como el poder, es la lucha de la memoria sus opiniones sobre política, religión, contra el olvido". En fin, don Jesús moralidad, costumbres de Jiquilpan y al relatar su vida no sólo nos enseñó del país. El "teatro de la memoria" ser un maestro en el arte de vivir, que don Jesús construye con sus sino que para él recordar y pro- reconstruirse es un orgulloso placer.

Agiotistas, prestamistas y banqueros

Luis Alberto de la Garza

Leonor Ludlow, Carlos Marichal (eds.), *Banca y poder en México (1800-1925)*, México, Editorial Grijalbo, 1986, 427 pp. (enlace/historia).

Son frecuentes las lamentaciones entre los estudiosos por la existencia de enormes lagunas en el conocimiento de diversos aspectos y periodos de nuestra historia. Así, parecería que la ma-

yor parte del trabajo está por hacerse, cargando al historiador de un pesado fardo. En un sentido opuesto, quizá una postura optimista podría indicarnos las enormes ventajas de esta situación, pues ella nos abre amplísimas perspectivas de investigación novedosa y original. Si buena parte de nuestra historia está por ser investigada, no hay ninguna razón que privilegie a la historia bancada de otros aspectos de

nuestro pasado. Por este motivo, el libro editado por Leonor Ludlow y Carlos Marichal es, entre otras muchas cosas, un llamado de atención sobre el descuido que sobre esta problemática presenta la historiografía mexicana, así como de las inmensas posibilidades —por no insistir en la urgencia— de estudiar el fenómeno de la banca y su relación con el poder en México.

La obra es una recopilación de

diversos textos que fueron presentados en diciembre de 1984 en el coloquio "El crédito y las finanzas en México, 1800-1930", celebrado en la ciudad de México, resultado, a su vez, de un Seminario de la Historia de la Banca.

Los autores nos exponen la historia de la banca mexicana desde una perspectiva global y alejada de un lenguaje técnico, sin poner por ello en duda su utilidad para los especialistas. De este modo, el lector, lejos de enfrentarse con áridas monografías de historia financiera, encuentra diversos ensayos de lectura fácil y amena, que lo hacen penetrar por los intrincados laberintos de las relaciones entre el poder de los dueños del capital y el poder político —no siempre separados—, a lo largo de más de un siglo de historia nacional.

Desde esta perspectiva, la historia económica ayuda a explicar el desarrollo del aparato gubernamental, estableciendo los múltiples nexos que se fueron dando, en el transcurso del siglo XIX, entre comercio, finanzas y estado. Se traía en otros términos, como ya señalábamos, de darle a la historia bancaria su profundo trasfondo social por cuanto que las actividades de agiotistas, prestamistas y banqueros está generada por las condiciones económico-políticas que caracterizan al conjunto de la sociedad.

El análisis de fuentes documentales novedosas, los sugerentes estudios particulares tanto de periodos como de regiones, así como la indagación en archivos hasta hace poco tiempo de difícil consulta, constituyen posiblemente los aspectos más sobresalientes del libro.

El lector encontrará, por tratarse de una obra colectiva, una gran variedad de enfoques e interpre-

taciones diversas, y aunque siempre es loable este tipo de trabajos, quedan sin embargo una serie de interrogantes. En efecto, la calidad del trabajo destaca más en ciertos ensayos; no quedan claros los criterios metodológicos que sigue cada autor en función del conjunto, por lo que la recopilación parece haberse hecho con criterios más bien cronológicos con el objeto de cubrir el periodo propuesto, que desde una inquietud teórica y analítica común.

Los dos ensayos iniciales tratan sobre el papel y las condiciones del crédito durante el último periodo del régimen colonial. En ellos, Clara García aborda el tipo de operaciones crediticias características de la élite mercantil novohispana en su estrecha vinculación con el poder político dependiente de la metrópoli. Por su parte, Francisco Cervantes analiza la crisis crediticia en la Puebla colonial con relación al papel tradicional de la iglesia como prestamista y en el marco de los efectos producidos por la Real Cédula de Consolidación de Vales.

Barbara Tenenbaum y Rosa María Meyer abordan, desde diferentes perspectivas y fuentes, el resultado que, desde el punto de vista del crédito, tuvo la independencia mexicana. El papel fundamental que comerciantes y agiotistas jugaron, desde finales de la colonia hasta ya bien pasada la primera mitad del siglo XIX, ha sido un tema poco estudiado; de aquí deriva, en buena medida, la importancia de estos dos ensayos en los que se trata de explicar la naturaleza y transformación del sistema crediticio en el México independiente y su estrecha vinculación con las formas que va asumiendo el estado en gestación.

Mario Cerutti, Raquel Ofelia Barceló y Francisco Núñez contri-

buyen sustancialmente a la comprensión de las características particulares de algunas regiones en la etapa de transición de las formas de crédito prebancarias a las institucionales creadas por la banca moderna. La carencia de estudios regionales ligados al problema de las pugnas centralistas y federalistas, encuentran en estos tres ensayos una excelente aportación al tema desde la perspectiva particular de la historia financiera. Tres zonas peculiares situadas en puntos geográficos opuestos: el Noroeste, Yucatán y Guadalajara nos ofrecen, a través del estudio de sus sistemas de crédito, la posibilidad de reinterpretar la vieja polémica de las relaciones centro-región, sus rivalidades y sus mecanismos de interacción en la contradictoria conformación del México moderno.

Carlos Marichal estudia el nacimiento de la banca mexicana en el contexto latinoamericano, presentándonos un magnífico panorama de las características y posibilidades de un desarrollo de la historia comparada de las finanzas, así como de los retos teóricos y metodológicos que es necesario afrontar. El problema de la profunda relación entre historia económica e historia política en el caso específico de Latinoamérica, constituye la principal preocupación del autor y en sus planteamientos nos ofrece sugerentes caminos de investigación.

José Antonio Bátiz presenta una panorámica de la banca en México hasta 1910. En este ensayo se destaca, por medio de la historia de los diversos intentos de formación de las instituciones bancarias, el tipo de funcionamiento y las características *sui generis* que la banca mexicana adquirió en su pleno desarrollo.

El caso específico de la cons-

trucción del Banco Nacional de México ocupa las páginas del trabajo elaborado por Leonor Ludlow. En él se revisa la situación del país ligada con la necesidad de reconciliación con el capital europeo en vista del creciente peligro de una dependencia exclusiva de los Estados Unidos. Es en este contexto que se presenta el surgimiento del Banco Nacional de México como resultado de un doble proceso de modernización crediticia y política. El esclarecimiento de la importancia de este Banco, así como su papel en la consolidación del régimen porfirista constituyen las partes fundamentales de este ensayo, elaborado —en buena medida— con los documentos del propio archivo banearlo.

Los dos últimos capítulos están dedicados uno al estudio particular de la fundación del primer banco agrícola en México a partir de la crisis económica de 1907-1908, y otro, más general, sobre la política bancaria postrevolucionaria que precedió a la fundación del Banco de México.

Abdiel Oñate, en el primero de ellos analiza las condiciones del surgimiento y el desarrollo de la Caja de Préstamos para Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura, como la experiencia previa del futuro Banco Nacional de Crédito Agrícola, enmarcado en un periodo particularmente difícil de la historia bancaria. Por su parte, Hilda Sánchez aborda la situación crediticia en los turbulentos años de la lucha armada y de los primeros gobiernos postrevolucionarios. El artículo analiza los obstáculos que se enfrentaban en aquellos momentos para establecer y poner en funcionamiento un sistema bancario moderno acorde a las nuevas necesidades del flamante estado surgido de la

revolución.

Como ya señalábamos, una obra como la que estamos comentando ofrece, casi siempre grandes desniveles, tanto en los enfoques como en los resultados mismos de cada uno de los ensayos. A pesar de ser un producto del Seminario de la Historia de la Banca, el conjunto del libro no ofrece una temática uniforme o un procedimiento metodológico común. La falta de equipos reales de investigación dan como resultado, generalmente, que este tipo de libros se conviertan en una reunión de trabajos individuales, realizados de acuerdo a los intereses y perspectivas de cada autor.

Pero si bien ello significa disparidad en los planteamientos, su lectura nos abre —por la misma razón— una gran variedad de opciones de interpretación y, sobre todo, una gran frescura derivada posiblemente de su propia y poco abordada temática y de la inteligente búsqueda de fuentes hasta hoy poco conocidas y explotadas.

La relación banca y poder, que es el objetivo central de la obra, es también su mejor aportación. El análisis de la temprana relación entre prestamistas y gobierno nos permite observar una parte fundamental de los mecanismos de acumulación y transferencia de capital en el México decimonónico. De la misma manera, el trabajo nos permite comprender mejor el papel de los grupos políticos y económicos, sus enfrentamientos y rivalidades tanto en el nivel local y regional como en el ámbito nacional, así como sus ligas y creciente dependencia con el capitalismo internacional. Además de esto, el conjunto del trabajo nos ofrece elementos explicativos del triunfo liberal hasta su conversión en estado.

Las aportaciones de algunos ensayos dan así claridad sobre algunos aspectos de nuestra historia y nos muestran la estrecha relación entre las vicisitudes políticas y la inexperiencia para promover y encauzar las actividades crediticias. Esta carencia permitió, durante mucho tiempo, la existencia de un grupo de prestamistas y agiotistas incapaces de sumarse efectivamente a las necesidades de un proyecto nacional. Al mismo tiempo, el trabajo nos muestra cómo la intensa lucha de viejos y nuevos intereses se fue resolviendo en favor de quienes supieron vincular sus posiciones con una modernización basada en un "alto grado de continuidad entre los comerciantes prestamistas tradicionales y los nuevos banqueros".

Finalmente, hay que destacar cómo el conjunto de la obra permite observar las formas en que se fueron desarrollando los nexos entre economía y política, es decir, cómo desde sus inicios la vinculación entre poder económico y estado fue un elemento clave en el proceso de acumulación capitalista al igual que en la conformación del estado mexicano moderno. Por ello, y dadas las actuales condiciones por las que atraviesa el país, el estudio de la banca y su relación con el poder resulta de suma actualidad.

Por último, de acuerdo con lo señalado en el ensayo de Carlos Marichal, creo en la necesidad de enfocar el estudio de la banca en México y en Latinoamérica desde un punto de vista diferente de aquél que se ha utilizado para otros países. Ello es debido a que "podría resultar fructífero sugerir que la evolución de los sistemas crediticios en América Latina —a lo largo del siglo XIX— estuvo condicionada y, en buena medida,

determinada por el hecho de formar parte de economías con un nivel de desarrollo capitalista todavía limitado, en las cuales juegan un papel central el capital

comercial y el Estado. En otras palabras, la expansión del crédito dependía en primer lugar de la creciente mercantilización de la producción, aun cuando ésta se

realizase bajo un régimen de trabajo precapitalista. En segundo lugar, dependía del fortalecimiento y diversificación de la acción económica del Estado".

Los caudillos atacan de nuevo

Luz María Uthhoff

Brading, D.A. (compilador), *Caudillos y Campesinos en la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985,

L/as nuevas investigaciones sobre la Revolución Mexicana nos alejan cada vez más de la interpretación que la ve como un solo movimiento donde los diferentes dirigentes y facciones tienen como fin crear el nuevo estado nacional. Los estudios regionales, de caso, testimoniales, etc., nos muestran la diversidad y la complejidad de los movimientos ocurridos en los años de guerra civil. Por este camino, el libro compilado por D.A. Brading, que incluye Trabajos de Alan Knight, Friedrich Katz, Ian Jacobs, Héctor Aguilar Camín, Linda Hall, Dudley Ankerson, Gilbert M. Joseph, Raymond Buve y Hans Werner Tobier, contribuye a darnos una perspectiva diferente de la revolución. Se analiza el proceso revolucionario a través de estudios de diferentes caudillos y del control que ejercen sobre los movimientos campesinos: Villa y Orozco en Chihuahua; Obregón, Calles y De la Huerta en Sonora; Saturnino Cedillo en San Luis Potosí; Francisco J. Mágica en Michoacán; Adalberto Tejada

en Veracruz; Carrillo Puerto en Yucatán. La finalidad del libro, señala Brading, es investigar las trayectorias de algunos caudillos y explorar los medios con los que crearon el nuevo régimen.

El proceso de regionalización que vive el país en los años de la revolución permite el resurgimiento del caudillismo, pero los nuevos caudillos ya no se apoyan únicamente en los campesinos, sino en alianzas multiclasistas. Por otra parte, los nuevos caudillos ya no fincan su autoridad sólo en su capacidad militar o en su atractivo carismático, dice Fowler Salamini, sino también en su habilidad para crear una burocracia estatal moderna que satisfaga las necesidades inmediatas de sus seguidores y les ofrezca una fuente de protección. De acuerdo con Werner Tobier, el concepto de caudillismo resulta un punto de partida útil. Nos ayuda no sólo a aclarar las formas múltiples de reclutamiento de los ejércitos revolucionarios, sino también para ilustrar los cambios en la política de movilización durante la "institucionalización" del régimen revolucionario, ya que la movilización de masas con su control ejercido desde arriba, ofreció la base para el sistema político y social de la "revolución institu-

cionalizada". El control de los ejércitos revolucionarios se moderniza y conforme a este nuevo control se lleva a cabo la consolidación del nuevo estado nacional. Estos ensayos ponen en cuestión la visión tradicional de la Revolución Mexicana como un movimiento esencialmente campesino, donde los peones se rebelan contra los hacendados para recuperar sus tierras. Ya antes Katz había señalado que no hay una relación directa entre el grado de explotación en el periodo de Díaz y la participación en el movimiento revolucionario mexicano. Ahora Katz, lo mismo que Alan Knight y D. Ankerson, muestran cómo los movimientos agrarios de Chihuahua tienen características más complejas. Knight, por ejemplo, divide las revueltas agrarias en dos tipos: por un lado, las de los campesinos medios en Morelos, Tlaxcala, La Laguna y la de los indios yaquis, que se caracterizan como movimientos tradicionales que buscan la supervivencia de aldeas libres; aquí la lucha por la tierra y por el agua se une al conflicto más general por el poder político local. Por otro lado están los movimientos de los que Knight denomina como "campesinos periféricos", los movimientos se-